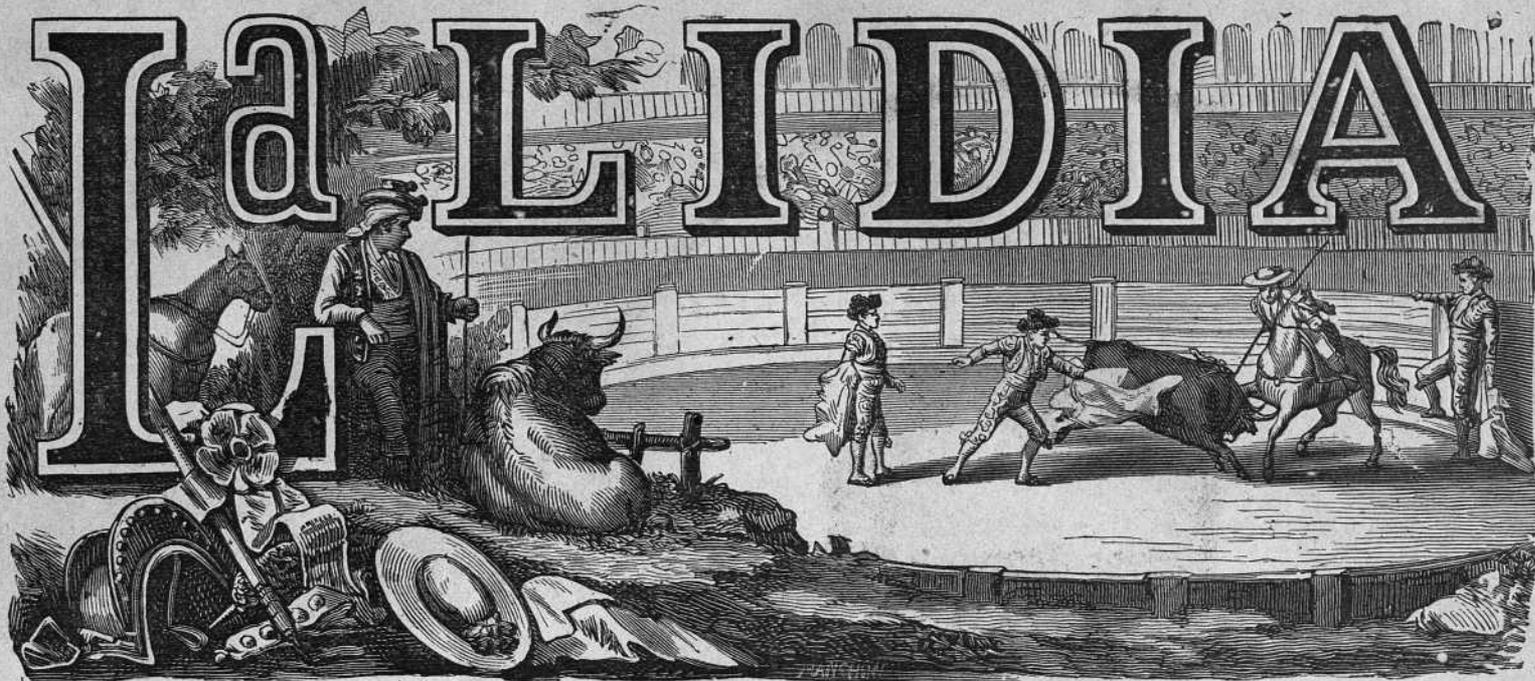


NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.



PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Madrid: trimestre. Pesetas. 2,50
 Provincias: trimestre. 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.

25 números ordinarios. Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios. 5

La correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

-SUMARIO.

El 2 de Mayo y Lagartijo, por D. J.—*Cogida y muerte del Punteret*—Foros en Madrid (5.ª corrida de abono), por Don Jerónimo.

EL 2 DE MAYO Y LAGARTIJO.

Gran día para el Califa y sus satélites! Había el día de San Pedro y el día de San Miguel, dos días que los anabaptistas con y sin uniforme conservan en su impetuoso magín, como recuerdo de juventud eterna. A estos dos días hay que agregar el 2 de Mayo de 1888, porque la corrida del miércoles fué, en efecto, un 2 de Mayo para los verdaderos aficionados que ven conristados los efectos que produce ese incomparable hipnotizador de públicos, flor y nata, no cabe dudarle, del torero de estos últimos tiempos, que se llama Rafael Molina Lagartijo.

Ya habrán observado nuestros lectores la benevolencia con que hemos tratado la mayor parte de las faenas que Lagartijo ha hecho en lo que va de temporada. Le hemos visto trabajar, generalmente; le hemos visto dar á los toros lo que él sabe y puede, y esto nos ha bastado para juzgar con aplauso á un matador que tiene derechos adquiridos en larga y brillante carrera, y á quien no se puede exigir sino lo que buenamente puede hacer en su modo de matar toros, único y exclusivo, sin peligro y con ventaja siempre.

Esta conducta nuestra no ha obedecido á violencias de ninguna clase, sino al espíritu de imparcialidad y de justicia que procuramos guiar en todas ocasiones nuestra pluma, á despecho de todo y contra todos; ya lo hemos dicho quinientas veces.

Y la polvareda que levantan nuestros modestos escritos, los horrores que de su autor se propalan por los canallas y los idiotas, esta lucha constante á que nos vemos condenados; y que es en nosotros consuetudinaria, nos demuestra que poseemos el privilegio de poner el tiro en el blanco, y nos estimularía, si necesitáramos estímulos, que, gracias á Dios, no hacen falta, á perseverar con mayor brío en tal conducta.

No comprenden los imbéciles que nos vilipendian en la sombra, que sería para nosotros muy fácil y muy dulce formar en la mayoría y gozar de sus beneficios?

Hágannos al menos la justicia de nuestro desinterés, ya que entre el bollo y los coscorrones preferimos siempre lo segundo, y entre dejarnos llevar por la corriente y nadar contra ella, optamos siempre por la lucha.

Los calumniadores son muchos y se defienden unos á otros; constituyen una inmensa piara de mansos que se arropan mutuamente. A nosotros no nos arropan nadie; vivimos solos, aislados, en el desierto de nuestra conciencia, atentos únicamente á su voz y obediéndola ciegamente. Y soportamos resignados y hasta alegres todos los sinsabores que nuestro proceder nos acarrea, cuando depende de nuestra mano dar un cambio de frente en un país donde las defecciones enaltecen más que degradan á los Dumouriez del día.

A qué poca costa ganaríamos entonces los plácemes y los elogios! Oh, qué grande, qué inteligente, qué admirable sería entonces D. Jerónimo, eh?

Pues bien, no; queremos ser pequeños, ignorantes y malos; queremos que se nos atribuyan pasiones mezquinas, que se nos achaquen fines arteros, y hasta

que se nos regalen subvenciones, con tal de decir lo que sentimos y pensamos, sin ambages ni rodeos; con tal de no ser farautes de toreros, heraldos de empresarios, ni buzones de maletas; con tal de ser libres é independientes, con nuestros defectos que son muchos y nuestras buenas cualidades, si es que tenemos alguna; con tal de ser, en una palabra, dueños absolutos de nuestras acciones, sin esas cortapisas que imponen frecuentemente atenciones y benevolencias que, si no valen nada, obligan á mucho, y no llegan ni llegarán nunca al oasis de nuestra soledad.

Formando en el ejército incontable de los villamelones, seríamos uno de tantos, y no queremos serlo. Nuestro mayor placer consiste en saber que un villamelón ha vomitado contra nosotros toda su bilis y nos ha puesto á los pies de los caballos. Así nos gusta vivir y así viviremos, Dios mediante, por aquello de que *quod natura non dat, Salmantica non prestat*.

Si es buena cualidad, mejor para nosotros, y si es defecto, la vida es demasiado estúpida para que uno se tome el trabajo de corregirlo.

Figúrense los lectores de LA LIDIA si será grave lo que vamos á decir de Lagartijo en la corrida del 2 de Mayo, cuando nos hemos tenido que preparar, largando á los villamelones la anterior homilia! Vamos allá, después de prepararnos á una muerte que deseamos sea mejor que la que dió Rafael á su segundo toro, cuarto de la corrida, en medio del insensato delirio de casi toda la plaza.

Del primer toro hay que hablar poco. Estaba quedado y sin ganas de pelea. Rafael lo toreó en defensa, con un pase natural, cinco con la derecha, uno por alto, otro preparado y cinco medios pases. Estos cinco medios pases indican suficientemente la falta de bravura del toro, que no quería abandonar su terreno y se agarraba á la arena. Media estocada tendida á paso de banderillas, en las tablas, soltando el arma á la carrera y saliendo por pies, dió fin á la primera parte de la faena. Los capotes refrescaron en seguida al animal, que después de un pase de telón, quedó con el trasero en las tablas, á poca distancia de estas, y con la cabeza en el suelo.

Allí, en aquel terreno vedado para un matador de conciencia, entró Rafael, cuarteando, á paso de banderillas, y clavó, libre de cacho, una estocada trasera y tendida que hizo doblar al enemigo, entre los aplausos de la concurrencia. Total: un trasteo de peso, inteligente y oportuno, y media estocada y una entera, á paso de banderillas ambas, y dada la segunda contra toda ley y toda razón, sin riesgo alguno, y con todas las ventajas que lleva un banderillero colosal, armado de estoque. El toro traía que matar; el matador hizo lo que sabe, y nosotros aplaudimos.

Vamos al segundo toro, que aquí viene lo grave.

Bravo y noble, era un choto de mazapán, sin cara ni cuernos. Lagartijo lo toreó admirablemente, inmejorablemente, llevándose en el pico de la muleta, en los pases naturales, como quien lava; adornándose de un modo irresistible en los preparados de pecho, en los cuales se erguía el matador con suprema elegancia, después que el toro pasaba como una bala por debajo del engaño, rozando materialmente el cuerpo de Rafael.

A las exclamaciones de entusiasmo de todo el público se unieron las nuestras, porque no es posible aprovechar más y mejor las condiciones de un torillo ideal, ni hacer mayor ni más lucida gala de inteligencia y de aparato. La brega lo requería, y Lagartijo

sacó de ella cuanto partido puede sacar un torero de sus maravillosas condiciones.

Pero si de la muleta pasamos al estoque, qué horrible decepción! Media estocada atravesada, cuarteando horrorosamente, y una estocada ida y caída, disparada á la carrera y á cabeza pasada, como quien pone un par de sobaquillo; tales fueron las hazañas de Rafael en esta parte de la faena. Siete medios pases prepararon al descabello á aquel noble choto, que cayó patas arriba al primer intento.

Lo que pasó después hay que haberlo visto para creerlo. Inmensas aclamaciones y poquísimos cigarros, pero en cambio, cayeron al redondel sombreros, chaquetas, gabanes, blusas, botas de vino, botas de pies y hasta alguna botella de licor. Aquello fué un delirio universal; no se hubiera hecho más si Lagartijo mata al toro de una estocada hasta la mano, recibiendo. Y la prensa dice que la media estocada y la estocada fueron superiores, y entona en loor del afortunado cordobés, ditirambos firmamentales.

Por nuestra parte, permita Dios que mañana mismo nos dé una *ataxia locomotriz* que nos tenga clavados á un sillón por espacio de veinte años, si la media estocada no fué atravesada, y la casi entera no fué ida y caída, y si ambas no se clavaron echándose fuera y libre de cacho.

Y esas estocadas á un borrego bravo y noble y sin cuernos, con el cual pudo confiarse desde luego Rafael, se le aplauden como cosa fenomenal, y le proporcionan una ovación delirante, y quedan como recuerdo imperecedero del día 2 de Mayo de 1888!!!

«Pobre afición; con qué poco se queda satisfecha!»—exclama *El tío Campanita* ocupándose del asunto en *El Tío Jindama*.

Es verdad; con qué poco. . . tratándose de Lagartijo! Dichoso Rafael; dichoso él que hoy más que nunca puede cantar victoria sobre todos los toreros nacidos; dichoso él que tiene abiertas las válvulas de la idolatría pública, y puede imponer á la Plaza de Madrid, como cosa superior lo que es cosa deplorable por todos conceptos.

Un toro admirablemente toreado, maravillosamente toreado, pero un toro malamente muerto, deplorablemente muerto, le proporciona interminable ovación. Porque, en resumidas cuentas, esto es lo que arroja la famosa muerte del cuarto toro.

Toro noble y bravo para torear, es toro noble y bravo para herir. Si Rafael se convenció de que en la media estoca atravesada no le prestó ayuda el choto, pretendió acaso que se la prestara cuando entró á matar por segunda vez? Ni qué ayuda ha de prestar un toro que no ve la muleta, sino después de sentir la herida del estoque? Si la muleta de Rafael está siempre en los pies, porqué se echó fuera? Porque temió la ayuda; por eso y por nada más; porque el toro estaba demasiado bravo para la muleta, y el matador, que no quiere nunca ayudas, temió en las dos veces encontrarla en el toro.

Y este temor, tratándose de un animal que no estaba aplomado, fué tan grande, que, á riesgo de que ladren contra nosotros todos los villamelones juntos, confesamos que nunca, en todo lo que va de temporada (exceptuando una corrida de la que no queremos acordarnos), hemos visto á Lagartijo tan temeroso á la hora de arrancarse á matar, como lo estuvo cuando mató el toro cuarto, en la quinta corrida de abono.

Que la preparación para el descabello fué magistral, hay que decirlo porque es justicia. Los capotes

LA LIDIA.



Giménez

J. Chave

cordobeses no hicieron falta entonces, como en otras ocasiones, y en idénticas circunstancias. Los siete medios pases fueron de maestro, y el descabello de gran fortuna.

Pero basta eso para justificar una ovación insensata á la muerte de un toro de mazapán admirablemente toroado y descabellado, y estoqueado deplorablemente?

Terminemos. La Plaza de Madrid será muy pronto imposible para todo torero que no haya nacido en Córdoba, porque no habrá lidiador digno y decente que se ponga á luchar en un palenque donde la victoria está siempre adjudicada de antemano.

Y Rafael Molina Lagartijo, que hoy cobra 22.500 reales por matar dos toros, será un verdadero inocente, si no pide 30.000 el año que viene por hacer lo mismo.

A dónde se va por ahí? Poco hemos de vivir, si no hemos de verlo. Adelante, pues; el miércoles pasado tuvo en la Plaza de Toros de Madrid el toro verdad un 2 de Mayo.

Apuntemos también nosotros la fecha, y hagamos, por hoy, punto final.

D. J.

GOGIDA Y MUERTE DE PUNTERET.

En la corrida de toros verificada en Montevideo el día 26 de Febrero del año actual, ocurrió la horrible desgracia que representa nuestro dibujo de hoy.

De la *Ilustración del Plata*, semanario ilustrado de Montevideo, tomamos los siguientes interesantes detalles que publicó aquel excelente periódico en su número del 11 de Marzo del año actual:

—Damos algunos datos acerca de Joaquín Sanz (a) Punteret, que de resultas de la cogida de que fué víctima el domingo 26 de Febrero, falleció el 28 después de crueles sufrimientos.

Cuarenta horas ha sufrido el simpático diestro, demostrando un valor sereno.

A las tres se agravó, sufriendo un enfriamiento en las extremidades, acompañado de fuertes vómitos. Por orden de Herrero y Salas, se le aplicaron dos sinapismos en los brazos y uno en el vientre administrándose para el interior pequeñas dosis de café bien cargado.

Devolvió el café y quedó muy aplanado.

Creyendo favorable la calma, Antonio Rodero se fué á dormir un rato, y algunos de los que le acompañaban le dejaron solo, bajo el cuidado del practicante Sr. Labora.

Este al poco rato vió síntomas de gravedad en el enfermo y llamó á Rodero.

Cuando éste entró á la alcoba, Punteret le agarró de una mano y le dijo:

—Antonio! me muerdo.

—No digas tonterías — le replicó Rodero; — esa es aprensión tuya, y si te empeñas en suponer que te mueres, acabarás por lograrlo.

—No es aprensión — insistió Joaquín; — este dolor — llevándose la mano al vientre — me mata, y para que no digáis que me muerdo sin despedirme, lo hago de todos con anticipación.

En el semblante de Joaquín se reflejaba en efecto, la muerte, y todos los de la casa se pusieron en movimiento.

El practicante Labora aconsejó la necesidad de avisar un sacerdote, y salió á hacerlo Eduardo Carmona, que se encontraba allí en aquellos momentos.

Mientras tanto Punteret, agarrando con una mano la de su amigo Peña, con quien vivía, y otra de Antonio Rodero, su predilecto amigo, teniendo apoyadas sobre sus rodillas las manos del Panadero, el que más trabajó con él de los que vienen en la cuadrilla, espiró, sin más estertor, ni alteración ninguna de voz ni de semblante.

Después de copiar los interesantes párrafos que á la muerte de Punteret dedica *La Ilustración del Plata*, no resistimos á los deseos de insertar varios párrafos de un admirable artículo publicado en el importante diario *La Razón*, de Montevideo, correspondiente al 25 de Marzo, artículo firmado con el seudónimo *Sansón Carrasco*, bajo el cual se encubre un literato uruguayo, D. Daniel Muñoz, notable por muchos conceptos.

El fragmento en cuestión se halla en un trabajo titulado *Una ley por una cornada*, escrito magistral en el cual su autor defiende las corridas de toros con incontestable lógica y brillantísima argumentación, contra los diputados de Montevideo que, impresionados por la muerte de Punteret, han pedido la abolición del espectáculo.

A reserva de dar á conocer á los lectores de LA LIDIA, cuando tengamos espacio, el magnífico trabajo del Sr. Muñoz, reproducimos los párrafos siguientes que dan idea cabal de las causas á que obedeció la cogida de Punteret y de los incidentes que precedieron á la desgracia.

Sansón Carrasco los relata del modo siguiente:

—El día 26 de Febrero del año de gracia que corre, el toro *Cocinero*, de la ganadería de D. Felipe Victoria, y tercero de la tarde, dió una cornada al primer espada de la cuadrilla Joaquín Sanz, alias *Punteret*, á consecuencia de la cual murió el diestro dos días después, víctima de una peritonitis según algunos, de tétano según otros, pero indudablemente de resultas de lo que el cuerno hizo, ó más bien dicho, deshizo en el cuerpo del malhadado matador.

El accidente de Punteret fué casi un suicidio, como lo demuestra el haberse abocado á la sien una pistola cargada, aun sin

ánimo de disparar el tiro. Basta entender medianamente lo que es el toro, para darse cuenta de que aquello, con ajuste á las reglas del arte, no debió suceder. El matador se ensartó en el cuerno, como se estrella un albañil contra el suelo al pisar un andamio flojo.

Salió tan alegre *Cocinero* y con tantos pies del chiquero, que al Serranito se le hizo bueno para saltarlo de garrocha. Dos veces lo citó en los medios, y otras tantas se arrancó el toro con tanta voluntad, que parecía iba á estrellarse en las barreras, pero no bien el chulo armaba la percha para dar el salto, el animal se plantaba sobre los cuatro remos, y en seguida de medir el bulto, de nuevo se arrancaba, rascándole en la embestida los zancos al banderillero, que libró el pellejo merced á ser ligero como un gamo y saltador como una langosta.

Hubo que renunciar á la suerte y el toro entró á varas tan receloso é intencionado como ya se mostrara, no embistiendo sino cuando podía colarse, sorteando la puya como un tirador de florete esquivaba la punta del acero del adversario.

Pasó á banderillas *Cocinero* tan entero como había salido, y para aplomarlo Ecijano y Hierro tomaron una capa cada cual por una de las puntas, y empezaron á pasarlo citándolo muy en corto. Dos veces hizo el toro por el trapo ciegame, pero á la tercera, en vez de acudir al engaño, miró los bultos, y eligiendo al Ecijano, le dió un acosón tal, que por poco lo estrena.

Aquel toro de capa muy aplaudido por el público, fué aguijon para el amor propio de Punteret, quien deseoso de recojer algunas palmas de la cosecha, decidió poner banderillas sentado. Le arrebató á Pepete el par conque ya alegraba al toro, pidió una silla cuyo respaldar se descalabró al cojerla, y la colocó tan malamente, que se puso dentro de la jurisdicción del toro, es decir, dentro del radio en que el animal enjendra la carrera y no da por consiguiente tiempo á hacer el cambio.

Para todos los entendidos en la manera como se producen las suertes, era evidente que Punteret sería cogido en cuanto el toro hiciese por él. Podría del accidente resultar un hocicazo ó un varetazo sin consecuencias, pero era indiscutible que el animal arrollaría al hombre. Y más claro se presentó el caso previsto, cuando el toro no remató la carrera enjendrada de primera intención, sino que al ver que el blanco de su ataque se removía, se quedó, y ajustándolo entonces muy de cerca, dió la embestida antes de que el diestro pudiese hacer uso de las piernas, que para mayor lucimiento de la suerte y demostración de serenidad, había cruzado.

No hubo más que ver. El torero quedó tendido á lo largo como cuerpo muerto, y el toro hubo de hacerle pedazos allí mismo, pues se revolvió con furia para recargar, solo que como la silla sobresalía más del suelo que el torero caído, con el mueble la emprendió, dejando al hombre, y en seguida los chulos lo alejaron con los capotes, dando tiempo á que otros compañeros levantasen al herido.

Así murió Punteret, tontamente puede decirse, pues nadie le obligaba á hacer aquella suerte, ni el toro se prestaba para ello, ni el público se lo exigía, ni estaba en el programa de la tarde.

Toros en Madrid.

5.^a CORRIDA DE ABONO. 2 DE MAYO DE 1888

Gracias sean dadas á la Empresa M. R. F.

Con celo patriótico digno de ser cantado por un Quintana, dispuso el martes último que conmemoráramos el glorioso aniversario donde se refugia el lirismo burgués de los alcaldes de la villa y corte, para advertirnos que el día 2 de Mayo debemos orar por los héroes de nuestra independencia y coger lilas en el Retiro.

La Empresa M. R. F. cambió lo de las lilas y nos invitó con la galantería que forma uno de sus principales encantos, á una corrida de toros, la 5.^a de abono, en la cual olvidamos la heroica muerte de Daoiz y Velarde, y batimos palmas al sacrificio de seis reses inmoladas por Lagartijo, Hermosilla y Guerrita.

Y ocurrieron en la función cosas tan estupendas que, andando el tiempo, la corrida del 2 de Mayo de 1888 oscurecerá á las víctimas de la Independencia Nacional, á los muertos del Callao y á todo bicho viviente, y quedará como epopeya sublime de la maestría cordobesa que la leyenda popular transmitirá á las atónitas generaciones venideras.

Mostremos serenidad de ánimo ante tales eventos, y hablemos de la corrida.

EL GANADO.

Se jugaron seis toros de D. Vicente Martínez, cuyas señas personales (las de los toros), y hazañas en el primer tercio, fueron como sigue:

El primero, de libras y abundante de cuernos, aunque bizco del izquierdo, basto y con tendencias á la clase bovina, tomó una vara rebrincando, cinco más con acosamiento de la gente montada, dió una caída y despachó un caballo.

El segundo, estrecho, con cara de choto y cornicorto (y va uno), hizo la pelea desafiando, le echaron los caballos encima, y así tomó siete varas, mató dos potros, y mal hirió uno.

El tercero, entrado en carnes, con cara de mico y cornicorto (y van dos), fué guasón y tardo, lo picaron en las pezuñas, aguantó siete varas de frente y una de refilón, y despachó un caballo.

El cuarto, pequeño y cornicorto (y van tres), bravo y

sin poder, tomó nueve puyazos, sin causar baja alguna en la caballería ni derribar á los caballeros.

El quinto, de libras y cornicorto (y van cuatro), fué bravo y de poder, aunque algo tardo; tomó seis varas, propinó tres tumbos y mató un jaco.

Y el sexto, de libras, cornidelantero y cornicorto (y van cinco), hizo pelea de toro tardo y guasón, aguantó siete varas, dió una caída, mató un caballo y despenó otro mal herido por el toro anterior.

Dos toros que cumplieron: el quinto y el cuarto, y cuatro que salieron hueros; tal fué el resultado de la corrida, con respecto al ganado de D. Vicente.

Los animalitos tenían todavía una cuarta de pelo encima, y se conoce que les duraba aún el frío del invierno. Como cornamenta, fuera del primero que la tenía abundante, ya se ha visto que los demás carecían de ella.

Otras veces hemos hablado de este cambio importante que se va verificando poco á poco en las reses bravas. Por lo visto, es inútil insistir; los toros con cuernos se van, lo mismo que se fueron los dioses, y ya hemos advertido á nuestros dibujantes Perea y Chaves, que no se dejen llevar por excesos de imaginación, cuando dibujen las defensas de los toros, no sea que los diestros del día caigan desvanecidos al ver toros bien armados, ó los ganaderos lleven á nuestros dibujantes á los tribunales por injuria y calumnia.

Y vamos muriendo y pagando, mientras otros van viviendo y cobrando, que el mundo es muy grande y hay sitio para todos.

LOS MATADORES.

Rafael. — Va en capítulo aparte.)

Hermosilla. — Le tocaron dos toros cobardones y se deshizo de ellos como Dios le dió á entender, es decir á paso de banderillas, después de trastearlos como acostumbra este matador, en quien el valor está á mucha mayor altura que la inteligencia. Su torpeza para descabellar se unió á la del puntillero, en la muerte del primer toro que, después de recibir una estocada caída, se echó á medios pases y capotazos; lo levantó Leandro Guerra, sufrió un intento de descabello, y cayó al segundo, tras interminable serie de medios pases, que hicieron necesario un aviso de la presidencia.

Con media estocada caída y trasera terminó brevemente la vida del quinto toro, previos un pase natural, dos con la derecha, dos por alto y uno preparado de pecho. Aquella brevedad valió palmas al Sr. Manuel, y no es poco, tratándose de un torero que los villamelones van eligiendo por blanco de sus chacotas, y de quien extraen los elementos suficientes para *divertirse* en la corrida.

Guerrita. — En el primer toro que le tocó matar se precipitó de un modo lamentable. Se dirigió solo al animal que se hallaba aculado á las tablas, y después de hacerle tomar la muleta cinco veces, se arrancó á afianzar por quitarse de encima al enemigo, y sólo consiguió clavar una estocada atravesadísima, estando el toro recostado en los tableros. Al ver aquel desavío, el muchacho agarró una *jumera* de valentía, dió una patadita en el hocico del animal, apretó á correr tras él, como niño atontado, y, después de catorce medios pases, tumbó al bicho de un descabello precedido de un intento. Fué una faena de colegial mimado, á quien una contrariedad enciende la sangre y hace perder los estribos.

En el último toro pinchó tres veces en hueso, se pasó una sin herir por haberse encogido el animal, y terminó con media estocada en las agujas, la única buena que se dió en toda la tarde. En el trasteo estuvo, como siempre, valiente y confiadísimo, y sufrió un acosón monumental con su correspondiente embroque, del cual se libró providencialmente, por haber el aire pegado la muleta á los ojos del toro. Los dos bichos que le tocó matar, fueron recelosos y hubieran dado que hacer á cualquiera. Y no decimos más, por hoy, porque no tardaremos mucho en dedicar á Guerrita el detenido trabajo que merece.

LOS BANDERILLEROS.

Dos excelentes pares del Torerito al primer toro, y uno superior al cuarto, constituyeron la nota saliente de la corrida. Corito pareó muy bien el segundo toro (salió el chico de primeras), y Primito clavó al tercero un buen par cuarteando, y otro al sesgo. Menos el cuarto toro, que estuvo bravo para la suerte, los demás se mostraron reser-vones; el último se adelantaba mucho.

LOS PICADORES.

Antonio Calderón y Fuentes, fueron los encargados de acosar y de terciarse y pinchar en los bajos.

LA LIDIA.

Rafael, bravo y oportuno en quites, y perdiendo el capote á veces y saliendo de estampía, abriendo á las piernas todo el regulador, que no es flojo, dada la edad y las fatigas del *abuelo*. En el cuarto toro, dió una larga llevancia al toro paralelo al hilo de las tablas, y á poca distancia de estas, que ni dibujada. Lagartijo, Guerrita, Manene, y el Torerito, jugaron con el noble choto haciendo quites y recortando, que no hubo más que pedir. Hermosilla quiso imitarles alguna vez, y pudo observar que donde entra Córdoba, debe quedarse quieto San Lúcar.

LA PRESIDENCIA.

No dió nada que decir.

LA ENTRADA.

Estaba cuajada la plaza, aunque con bastantes claros. Es la mejor entrada que hasta ahora se ha visto.

DON JERÓNIMO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27, MADRID.